

LA BOLILLA NEGRA.

Cuento dedicado a la memoria de mi hermano. (Él vive, y siempre tuvo mucha memoria), para que memoria, no se separe transformándose en dos palabras y adquiera acento en la i.

El reloj despertador se hizo trizas al caerse desde la respetable altura de la mesita de luz, cuando estiré torpemente mi mano para apagarlo, aún entre sueños.

Simultáneamente, el vaso de vino, que había llevado la noche anterior y que se encontraba lleno o vacío a medias, lo acompañó en su caída y destino.

No hacía un segundo que me había despertado y ya tenía dos problemas nuevos.

¡Como si faltaran !

El ruido, actuó como disparador del dolor sordo y constante que me producía la hoja de bayoneta calentada al rojo vivo, que sentía clavada sobre mi órbita derecha simulando una cefalea.

Había dormido muy mal, inquieto, superficial, con un sueño poblado de pesadillas angustiantes, despertándome con sed a cada momento, con el ahora ex reloj despertador marcando sus últimas horas de vida de reloj despertador y mis horas de sueño agitado.

Tratando de no pisar los millones de pequeñísimos trozos de vidrio del vaso roto ni los cientos de elementos indescriptibles que encierran los relojes despertadores, puse mi pie derecho en el piso, y luego, en un esfuerzo sobrehumano, incorporándome, apoyé el otro, y traté de ponerme de pie.

En medio de la miserable sensación de despertar no habiendo descansado, comencé a identificar, una molestia persistente en la garganta que se transformaba en dolor cada vez que deglutía.

La deglución no era por otra parte ni fácil ni agradable ya que tenía el mismo gusto en la boca que tienen los nativos de las islas Aleutianas del oeste, cuando comen mono sazonado con deyecciones de aves de rapiña en celo.

El acceso de tos que siguió, hundió más profundamente la bayoneta, y unificó la cefalea con el dolor de garganta dando lugar a la evacuación de tal cantidad de flema oscura y espesa que creí, podría tapar el desagüe del inodoro, cosa que por suerte no ocurrió.

La acidez me estaba matando, por lo que deduje que esta no sería una mañana propicia, para acompañar el delicioso primer cigarrillo con un café y me introduje al baño, pensando en un reemplazo adecuado para la infusión que no podría disfrutar.

Sentía el abdomen distendido y dolor en el estómago, por lo que antes de introducir mi maltrecha humanidad en la bañera, decidí tomar un vaso de agua con dos Alka Seltzer y un Klosidol.

El alivio llegó casi de inmediato.

Prendí la radio y la modulada voz de Luis Majul, empezó a emitir sus opiniones sobre los últimos acontecimientos de la política nacional.

Apagué la radio.

Puse el CD de Los Branderburgueses de Bach y me fui a tomar un baño.

La ducha fue un placer, amortiguó los dolores de todo mi cuerpo, relajándome la columna, por lo que regulé la temperatura del agua para calentarla al límite de lo soportable y dejé que la fuerza de la lluvia masajeara mi cuello.

Activé mi circulación cepillándome con fuerza la piel, hice varios buchets con agua, limpié mis vías respiratorias tosiendo a propósito para despejar el catarro y comencé a sentir que probablemente podría soportar la vida durante cinco minutos más.

Mientras me secaba, me asaltó la típica urgencia de la típica mañana por el típico cigarrillo.

Juro que no recuerdo haberme golpeado la cabeza, ni haber sufrido la influencia de ningún alienígena, pero por algún motivo, muy probablemente ligado al espantoso estado de deterioro físico que experimentaba, esa urgencia fue seguida por una sensación compuesta por miedo a lo irreversible y desencanto de mi mismo.

¿ Era esa la forma de vida que quería ?.

¿ Justificaban mis 45 años lo mal que me sentía ?.

¿ No me estaría suicidando ? pensé.

A pesar del miedo, que me producía hacerlo, comencé a confeccionar una lista mental de problemas, justo en el momento que introducía el cepillo de dientes en mi boca.

No se porqué lo hago, si no me gusta lo que veo, pero casi como un reflejo, siempre antes de lavarme los dientes, los miro, creo que en parte lo hago para comprobar que aún siguen allí y que el cepillo no se topará con una cavidad vacía.

La lista de problemas empezó entonces, espontáneamente por allí, ya que tenía los dientes espantosamente amarillos, las encías estaban inflamadas y doloridas, algunas muelas estaban flojas y sabía en el fondo, que ni el más vigoroso de los cepillados conseguiría sacarme el horripilante gusto que tenía en la boca.

Pasé por alto por obvias, las molestias respiratorias, sin dejar de pensar, por un momento, en esa pequeña estría de sangre sin importancia que había eliminado en el pañuelo la semana pasada, ni la correspondiente y normal sensación de falta de aire al caminar rápido que me daban el sobrepeso y la vida sedentaria.

Al fin de cuentas ya no era un pibe.

Esta afirmación era también corroborada por las pequeñas crisis de palpitations que me daban últimamente en cualquier momento, y provocaban esa mueca de preocupación que venía acentuando tanto mis arrugas.

Terminé de lavarme los dientes y enjuagué mi boca con Listerine.

Como tenía tiempo, me lavé las fosas nasales con agua tibia y sal, haciendo entrar el líquido por la nariz y sacándolo por la boca, consiguiendo de esa forma desalojar toda la mucosidad acumulada.

i Menuda fábrica de porquerías la nariz !.

La respiración profunda que intenté luego desencadenó el acceso de tos que cambió mi vida.

El catarro que movilizó la tos, tenía una cantidad mucho mayor de sangre que la semana anterior.

La visión de sangre siempre me resultó muy impresionante, sobre todo si se trata de la mía.

ENTONCES, ME ASUSTÉ.

Empecé a recordar la frase que tantas veces había dicho sobre el hecho de que **dealgohayquemorir** y boludeces por el estilo.

Macana, che, es cierto, eso de que **dealgohayquemorir**, pero yo no me refería a hoy o mañana.

Y COMO DIGO, ME ASUSTÉ.

Paré la lista de problemas allí, para disminuir la tentación de suicidarme y también paré la pelota, por primera vez en mucho tiempo en el partido, para ver por qué carajo lo iba perdiendo por goleada.

No me corté la cara al afeitarme porque uno hace algunas cosas sin pensar, automáticamente casi, como manejar el auto o fumar a veces, sin darse ni cuenta.

Volví a lavarme los dientes, esta vez sin mirarlos antes, y mientras lo hacía, tuve el raptó de lucidez de endilgarle por primera vez en mi vida, la responsabilidad al que verdaderamente la tenía.

YO.

El verdadero culpable de mi estado era YO.
Entonces, decidí cambiar algunas cosas.
Aunque fueran difíciles.
No postergando más.
De una.
Ya.
Debía corregir muchas cosas, pero tomé la decisión de comenzar por la que consideraba más importante y a la vez más difícil.
Debía dejar de fumar.
Si lo lograba, sabía también que me iba a encontrar en mejores condiciones para cambiar otras conductas que me perjudicaban.
Debía comenzar por dejar de fumar.
Podría morirme, antes de fumar el próximo cigarrillo.
Moriría entonces, valientemente sin fumar.
Ya era suficiente.
El pucho no podría ganar.
Yo si.
Si ese catarro con sangre, no era por un cáncer, yo le ganaría la batalla.
¡ Basta !.
Cuando mi mente dijo basta, ya me estaba arreglando la corbata frente al espejo.
Lo que me extrañó, fue que el tipo del espejo, estuviera sonriendo.
Ese tipo, sabía que tenía una tarea por delante y parecía dispuesto a cumplirla.
Ese del espejo, era un sabio.
No sé cuál de los dos decidió consultar rápidamente al médico, pero lo cierto es que el espejo de la sala de espera del consultorio del especialista en pulmones, reflejó a uno de los dos, sentado, con algo de cara de asustado, esperando la consulta profesional.
Había avisado al trabajo que no podría ir ese día y elegí por la cartilla de la obra social al primer neumólogo que encontré. Lo hice porque se llamaba Temporello, y eso me sugería tiempo, algo que era de importancia vital para mi ahora, el más corto hasta saber mi diagnóstico y el más largo para vivir de aquí en adelante.
Temporello era un galeno muy particular.
De mi edad, más o menos. Flaco y con cara de pocos amigos.
Muy formal, me dio la mano al ingresar al consultorio, de pie, al lado de la puerta y amablemente pero seco como Argentino después del corralito, me invitó a sentarme.
El, se sentó del otro lado del escritorio y esperó que yo hablara.
No sabía bien por donde empezar, por lo que decidí ir directamente al grano y comenzar por el final.
Mire Doctor, le dije, vengo porque creo que tengo un cáncer de pulmón.
Si se sorprendió o no ante mi afirmación, no se notó, porque el tipo era seco, como ya dije y aparentemente parco también.
Se limitó a enarcar la ceja izquierda, asentir con la cabeza y decirme: prosiga...
No podría haber dicho nada peor.
Algo tranquilizador hubiera sido que el tipo me interrumpiera bruscamente diciendo: pero no hombre, cómo te imaginás que vos, Guillermo Lorenti, va a tener un cáncer de pulmón.
Esas cosas le pasan a los demás, jamás a vos, quedate tranquilo, Willy que no tenés nada...
Contrariamente a esto, el tipo dijo: prosiga...
Con esta palabra, daba aún más posibilidades al diagnóstico. Si un señor especialista como este, dice prosiga es porque no cree que lo que uno está diciendo es nada mas y nada menos que una boludez.

El tipo daba crédito a la posibilidad de que tuviera cáncer así nomás, muy suelto de cuerpo, total, el cáncer no lo tenía él.

Una muestra más de la insensibilidad de los médicos.

Yo proseguí.

Le dije que había expectorado con sangre en dos oportunidades y le conté todos los detalles que me parecieron importantes. El tipo hablaba poco, anotaba, asentía de vez en cuando y otras veces me pedía que aclarara algún aspecto de mi relato que había quedado incompleto.

Cuando terminé de contarle, empezó a preguntarme detalles, (era bastante minucioso el tipo, seco y parco, pero minucioso).

La segunda arqueada de cejas la hizo, (aunque fue casi imperceptible), cuando me escuchó decirle el número de cigarrillos que fumaba por día, aunque yo, para evitar que saltara sobre el escritorio y me pegara, le rebajé bastante el número.

Me parece que no me creyó y creo que en la historia clínica anotó el número 40, acertando como en el casino el guacho.

Después, me hizo desvestir y me revisó de pies a cabeza como si tuviera todo el tiempo del mundo.

De hecho creo que lo tenía, porque con lo antipático que era, seguro que yo era su único paciente, no del día sino de la semana.

Me resistí a la tentación de decirle ¡ 34 !, te cagué, cuando me pidió que dijera 33, también, respiré hondo, retuve el aire, exhalé, tosí cuando me lo pidió y todo lo demás y me di cuenta que si yo hubiese sido Sherlock Holmes definitivamente también, me hubiese cagado de hambre, porque no conseguí adivinar ni por un segundo lo que este tipo estaba pensando.

Seco, parco, minucioso y cara de nada el tipo.

Cuando terminó, me dijo que me vistiera y se fue al escritorio a seguir anotando en la historia clínica. Inmutable.

Confieso que a esa altura de los acontecimientos, mi corazón latía acelerado como cuando sacaba bolilla en la facultad. La misma sensación, carajo.

Al fin de cuentas, estaba sacando bolilla, y yo sabía, porque yo mismo la había puesto allí, despreocupadamente durante años, que dentro del bolillero, había una, que era negra.

Por un momento me fui del consultorio y me vi de nuevo frente al profesor de Derecho Procesal, que decía con tono de indiferencia el número fatídico, el diecisiete, la desgracia. La única bolilla que había dejado colgada.

Pero colgada-colgada.

Ni el título le sabía.

Había sido una cuestión de principios. No me iba a estudiar todas las bolillas, mirá si justo me va a tocar esa...

Me interrumpió el médico parco-minucioso-seco-cara de nada-inmutable, emitiendo por fin un sonido distinto al ¡Aha ! o al Hum, expresados mientras usaba el estetoscopio.

Bueno, Sr. Lorenti me dijo, su presunción es posible, y dados sus antecedentes de fumador empedernido, diría que probable, pero en razón de la seriedad de un diagnóstico como ése, prefiero considerarlo seriamente sólo luego de realizar estudios que nos permitan tener la certeza sobre su veracidad.

Allí hizo una pausa mientras yo sentía que se repetía la remismísima bolilla diecisiete y mi corazón latía como nunca, pero en vez de hacerlo en el pecho, lo hacía dentro de mi cabeza, mi cara empalidecía, mis manos empezaban a temblar un poquito y el lado prudente de mi conciencia, me decía: viste, paparulo, ganaste, ahora tenés la papa.

Qué macana, pensé, Lucianito todavía es chiquito (a pesar de que la bestia mide 1.86).

Me trajo de nuevo al mundo Pepe Diagnóstico, a quien a esa altura yo ya odiaba profundamente y con su calma habitual, pronunció una sentencia temporaria.

Mire, me dijo, por lo pronto, ya sabemos que tiene Ud. una enfermedad pulmonar benigna, si si le puede llamar así a la bronquitis crónica, y tanto en el caso de que los exámenes que haremos confirmen o descarten malignidad, le convendría no fumar, desde hoy y en adelante.

Voy a medicarlo, siguió diciendo, para disminuir la inflamación de sus vías respiratorias y creo que esa parte va a mejorar rápidamente. Los estudios son sólo algunos análisis de sangre, unas radiografías, una espirometría y una bronco-fibroscofia.

A través de la bronco-fibroscofia, haremos un lavado bronquial para hacer un análisis citológico del material que obtengamos para saber si tiene Ud. o no un cáncer de pulmón.

Yo confieso que lo escuchaba a medias y que la mitad de mi cerebro estaba a cien mil kilómetros de distancia.

Eso de que tu vida se recorre como una película en cuestión de segundos, ante el peligro de una muerte inminente, es cierto.

En mi fuero interno, yo era boleta.

Kaput.

La mitad cuerda de mi cerebro, luchando contra una leve sensación de aturdimiento, seguía las palabras del tipo con cierta indiferencia, como si hubiésemos estado hablando de un problema de poca jerarquía que afectaba a los peces de la cuenca del Salado.

Me cuidé de guardar la compostura mientras caía en cuenta que Pepe Diagnóstico había mejorado enormemente su trato, me hablaba con más amabilidad y hasta me pareció que esbozaba una leve sonrisa tranquilizadora en algún momento, aunque hoy creo que esto último sólo fue fruto de mi afiebrada imaginación.

Esto sólo hizo que confirmara mis peores fantasías y temores. Estaba claro que Pepe no iba a tratar mal a un moribundo.

Salí del consultorio.

No me pregunten cómo lo saludé, si es que lo hice, pero de pronto me encontré nuevamente en la sala de espera de Pepe, que habría seguramente cerrado la puerta tras hacer pasar a otro condenado, y allí estaba el Lorenti del espejo, mirando para mi lado con cara de preocupación mezclada con el más profundo de los miedos, las manos sosteniendo una enorme cantidad de papeles que tendría que autorizar en la interminable cola de la obra social, luego de pelear con los auditores y de pagar los co-seguros.

Pero lo peor de todo sería hacer después todos los estudios.

Debía ordenar las ideas.

Como tenía tiempo ya que no pensaba ir a trabajar, me fui a tomar un café.

Me senté en un bar casi desierto.

Saqué el atado de cigarrillos del bolsillo interior del saco y, sin pensarlo lo puse entre mis labios.

Afortunadamente me di cuenta a tiempo de que iba a encenderlo.

Lo retiré de mi boca como si fuera a explotar el hijo de puta.

Lo destrocé con toda la bronca y lo tiré en el cenicero.

Le pedí al mozo que tirara el atado de cigarrillos, que estaba bastante llenito, a la basura.

No se lo regalé a él, que a lo mejor fumaba, porque me cayó simpático el flaco, a pesar de la mirada que me dirigió antes de responder con un ¡Cómo no señor!, que sonó como si tirar los cigarrillos a la basura, fuera lo más natural del mundo.

Sin dudas el mejor lugar para la basura, era precisamente ese, la basura.

Tomar el café sin fumar fue como tomar café sin café. El acto carecía totalmente de sentido.

Empecé a calcular cuánto tiempo hacía que no fumaba.

Estaba absorto en el cálculo de tan trascendente hecho, cuando enfoqué la vista en una mesa ubicada a mi izquierda, separada de la mía por otras dos mesas vacías, desde la cual un pibito de alrededor de siete años, me miraba fijo mientras la mamá leía el diario.

El nenito me miraba casi sin parpadear, sin inmutarse cuando le devolví la mirada durante todo el minuto siguiente.

Me dio la impresión de que el mirón, me estaba leyendo el pensamiento, por lo que me dio vergüenza estar pensando las pavadas que estaba pensando.

Para colmo, lo siguiente que hizo el pequeño encanto a continuación, fue dedicarme una sonrisa que interpreté como burlona.

Pagué rápido y me fui, todavía sintiendo la mirada del energúmeno sobre mi nuca.

Simpático, el enano adivino.

No quería perder el tiempo, así que decidí ir a autorizar los estudios en la mutual.

No había cola y al auditor tampoco lo vi, porque lo único que pasó fue que una empleada gorda miró las órdenes de estudios que Pepe había pedido y se limitó a ponerle un sello a cada una, sin cobrarme co-seguro, dirigiéndome una mirada ¿ de compasión?, mientras me las devolvía con una sonrisa forzada.

Evidentemente yo era boleta y la gordita pensaba lo mismo.

Opinión no expresada nada despreciable, porque estas minas tienen una experiencia bárbara autorizando las órdenes de futuros fiambres, si hasta me la imaginé comentando indiferente con la compañera de al lado: ¿ viste quien se murió ?... ese tipo joven, medio gordito y pálido que vino el otro día a autorizar los estudios de Temporello... Parece que tenía una mala enfermedad, el pobre...

Si sería gil la gordita, ¿ dónde habrá visto una enfermedad buena ?...

Me fui sin saludarla, por ese comentario que me imaginé que haría en poco tiempo, completamente fuera de lugar, por cierto.

Para no abundar en detalles truculentos, hice todos los estudios que me pidió Pepe, como si en ello me fuera la vida (sic), rápido y prolijito.

No fueron tan terribles como creía, pero si me daban a elegir entre hacerme esos estudios y pasar un fin de semana con Claudia Schiffer estoy seguro de que David Copperfield se hubiera molestado bastante.

No fumé en toda la semana.

No podía creerlo.

No tenía ganas, pero tampoco lo hubiese hecho de tenerlas.

El cigarrillo se convirtió, literalmente de la noche a la mañana en un traidor.

Peor, un amigo traidor.

Porque a través de años de utilizarlo para miles de cosas, me auto-engañaba diciéndome a mi mismo que lo necesitaba.

No podía faltar a ninguna cita, siempre venía bien, imprescindible cuando estaba nervioso, irremplazable cuando estaba enojado, el mejor compinche cuando estaba contento o triste, consuelo o autocastigo ante los fracasos, premio en los triunfos, festejando el gol de Newell's o metabolizando trabajosamente el gol en contra en el Coloso, porque salía del cine o porque ya iba a entrar, en el café con los muchachos, después del desayuno, almuerzo, merienda y cena o si por algún motivo tenía que saltar alguna comida, durante la época de intenso trabajo para poder tolerarla, y en vacaciones para disfrutarlas plenamente, etc. etc. etc.

Al pasar por el frente del cementerio La Piedad, me parecía ver escrito a lo alto de su puerta, la frase célebre: Venga al mundo Marlboro.

Hijos de puta, ahora me daba cuenta de lo que significaba eso de "Compañero de emociones", o eso de que " Marca su nivel ", aunque no te dicen compañero de qué emociones termina siendo ni el nivel de qué te marca, lo que inmediatamente me llevaba a imaginar a un directivo de la Brown & Williamson descompuesto de risa por todos los idiotas que recolectaba publicando frases sin sentido.

¿ Era posible que hubiese tenido que enfermarme gravemente para enfrentar algo tan obvio ?

No se trataba de que no me lo hubiesen advertido, más bien, la gente que me quería ya había renunciado, mucho tiempo atrás, a todo intento de influir en la particular relación mía con el cigarrillo.

Sobre todo Elenita, con quien el tema, había sido origen de los más graves conflictos en los primeros años de nuestro matrimonio.

No puedo negar que me dolía un poco su silencio actual al respecto, pero no podía culparla. Había utilizado todos los recursos imaginables para ayudarme a dejar, o al menos disminuir mi adicción y nuestro matrimonio había sufrido bastante por eso.

Un día me llamó al estudio y me invitó a cenar.

No era mi cumpleaños, ni nuestro aniversario de casados, y sin embargo, me invitó a cenar al Mercurio.

Esa noche, Elenita estaba bellísima.

No era que lo necesitara, pero había cuidado hasta el último detalle.

Tenía puesto el vestido que más me agradaba, se había maquillado muy poquito, como a mi me gusta, tenía puesta la cantidad justa de mi perfume preferido y juraría que tenía los ojos aún más verdes esa noche.

Me habló durante la cena con la determinación de quien ha reflexionado largamente y ha tomado una decisión. Yo tenía miedo a las decisiones de Elenita, porque cuando toma una, simplemente la toma, pero adquiere condición de irreductible, definitiva. Establece con sus decisiones, no nuevas conductas, sino nuevos paradigmas.

Esa noche nuestra relación cambió.

Lamentablemente, creo que no para bien, y no por su culpa sino por la mía.

Esa noche Elena puso el límite.

Me habló midiendo lo que decía para dejar sentada su posición sin dar lugar a malos entendidos o confusiones.

Quería preservar nuestro matrimonio de momentos desagradables.

Enumeró las causas de nuestras últimas discusiones y la absoluta falta de resultados que podíamos rescatar a partir de ellas, habló de lo cansada que estaba del tema, de que me quería lo suficiente como para respetar mis elecciones de vida, y finalmente de que no quería transformarse en una suerte de controladora del número de cigarrillos que fumaba, una bruja protestona constante y cansadora y que desde ese día en adelante, no volvería a discutir el tema conmigo, no volvería a demostrar fastidio al verme fumando, y que, sin embargo me apoyaría si alguna vez decidía abandonar.

No puedo negar que por propia decisión esa noche en el restaurant, no fumé, pero al otro día no recuerdo qué pasó y volví a hacerlo como si nada hubiera pasado.

De haber abandonado allí, todo hubiese sido diferente.

Yo estaba en capilla, leyendo como un desesperado y el profesor de procesal me llamaba por mi apellido para hablar de la bolilla diecisiete.

Metido como estaba en mis pensamientos, lo escuché repetir varias veces: Lorenti, pase por favor, Sr Lorenti, adelante, mi amigo...

Cuando reaccioné no era el profesor de procesal quien me llamaba sino algo peor.

Pepe Diagnóstico me llamaba, desde la puerta de su consultorio, invitándome a pasar.

Iba a rendir exámen.

¿ Qué me tendría reservado ?

Sr. Lorenti, comenzó, tengo aquí, los resultados de los estudios hechos durante la semana pasada y como presumo que Ud. estará ansioso por conocerlos, me apresuro a decirle lo más importante antes de darle demasiados detalles, para aliviar su angustia: ***En ninguno de sus estudios, hay evidencias de cáncer de pulmón.***

El tipo se quedó callado y sonriendo abiertamente desde su silla, como no lo había visto sonreír en ningún momento durante la primera consulta.

La verdad, siguió, su caso me había producido una gran preocupación porque, antes de obtener estos resultados, le confieso que sospeché fuertemente la posibilidad de que pudiera Ud. tener desarrollado ya esta enfermedad, pero los estudios realizados no muestran de ninguna manera malignidad alguna.

O me estaba atendiendo el hermano gemelo de Temporello o definitivamente lo había juzgado mal a ese paladín de la salud, adalid de la bondad, ángel descendido del cielo, mensajero de la buena nueva, cálido, comunicativo, sensible y agraciado galeno que a través del noble ejercicio de su profesión desparramaba su bondad ante sus desagradecidos pacientes.

Sin embargo, prosiguió, el estado de su árbol respiratorio denuncia un nivel de deterioro importante producido por el cigarrillo, que hará necesario que abandone el hábito totalmente lo antes posible.

Lo interrumpí para decirle que el cigarrillo ya era historia y que no habría de ninguna manera, posibilidades de que se me ocurriera volver a fumar un solo putísimo cigarrillo en la reputísima vida.

Satisfecho por oír esto último, siguió hablando sobre mi corazón y sobre que debería chequearme también con una ergo-no-se-que, pero confieso que yo ya no lo escuchaba claramente y lo único que quería era que terminara la consulta para salir simplemente a caminar por algún parque, respirar aire puro, mirar el río, el césped, las flores, los chicos jugando, sin tener la sensación de que lo estaba haciendo por última vez, sin sentir lástima de mi mismo ni preocupación por el futuro de Lucianito que algún día podría presentarme a mi nieto.

Esa noche, yo invité a Elenita al Mercurio.

Fue una noche especial.

Por casualidad, aunque seguramente de acuerdo con los hados de mi destino, Guillermo Menia estaba esa noche en su restaurant y cantó un area de Las bodas de Fígaro.

Fue, un buen comienzo de la segunda mitad de mi vida, sin fumar.

Lo peor de todo había sido la sensación de que iba a morir sufriendo una enfermedad dolorosa y denigrante y de que no había sido sólo la mala suerte la responsable.

A partir de allí comencé de a cambiar otros aspectos de mi vida y a cuidar mejor mi salud.

No fue un cambio repentino, todo lo contrario.

Seguí con la costumbre de salir a caminar, comencé a cuidarme en las comidas, disminuí al mínimo el alcohol, y aumenté progresivamente la cuota de ejercicios.

Esta es una historia con final feliz.

Lo es porque ese es mi actual estado de ánimo, por múltiples razones, pero sobre todo por las dos que considero las más importantes: la impresionante mejoría de mi estado de salud, que me permite hoy estar preparándome para correr una maratón de 42 km. y la mejoría de mi autoestima y la confianza en mí mismo.

Tuve una segunda oportunidad, tuve la decisión en mis manos y creo que elegí bien.

Lo hice, a pesar de que estaba bajo los efectos del peor efecto tóxico del tabaco, como es la obnubilación de la razón, que permite que un hombre en su sano juicio o aún peor, una mujer embarazada, paguen a diario una cantidad de dinero, para acceder y consumir un elemento que produce cáncer, enfermedades del corazón, accidentes

cerebrales, parto prematuro, bajo peso al nacer, muerte de cuna, cáncer en nuestros hijos, muerte súbita y otras delicias por el estilo.

Escribo esta historia, porque todo lo que en ella se dice sobre el cigarrillo, es lamentable y estrictamente cierto, porque creo que mucha gente no lo sabe y piensa que estos datos son exageraciones o delirios de grupos de lucha contra el tabaco.

No puedo explicarme de otra forma, el hecho de que haya aún hoy en el mundo, tantos fumadores, que su número vaya en aumento antes que en disminución y lo que es más inexplicable aún, que asistamos al hecho de que nuestros amigos, padres y hermanos fumen y que nuestros hijos comiencen en el camino de la adicción, tranquilamente, sin intervenir, resignados y sin luchar.

Por lo demás, me va muy bien, ahora soy profesor de Derecho procesal.

Hasta ahora no he vuelto a fumar y creo que jamás volveré a hacerlo, aunque tampoco bajaré nunca la guardia.

En los exámenes, jamás tomo la bolilla 17.